

SESMERO CUTANDA, Enriqueta: *Clases populares y carlismo en Bizkaia, 1850-1872*. Universidad de Deusto. Bilbao. 2000, 253 pp.

Novedosa aportación sobre uno de los tramos históricos menos conocidos del Señorío de Vizcaya. La etapa, ahora iluminada, había quedado oscurecida por la mayor atención prestada a la Primera Guerra Carlista y al desarrollo minero e industrial de la Restauración.

Insertada en la metodología de la microhistoria, es un estudio minucioso de los protagonistas de base, asociando sus nombres con la vecindad y la profesión. Se esboza así el retrato socioeconómico de los promotores de los alzamientos y de quienes los apoyaban sin ambages en urbes y aldeas. Junto con ello, se perfila la relevancia de los dirigentes intermedios capaces de conectar los ámbitos altoburgués y popular.

Se resume una muestra de 745 personas adictas a la Santa Causa. La forman en su inmensa mayoría hombres, debido al sexismo de la práctica política institucionalizada y, en general, a las fuentes del Ochocientos. La mayoría vive en el campo, mientras que los núcleos urbanos proporcionan la casi totalidad de los profesionales liberales, comerciantes y empleados de la Administración. Una correlación similar se observa en los mundillos del metal y de la mar, sometidos a intensas transformaciones. En cambio, la representación de la construcción y del restante artesanado no responde tanto a la inestabilidad económica como al reclutamiento de personajes relativamente bien situados, capaces de movilizar un buen número de colegas y dependientes.

Elemento determinante de la monografía es el concepto de comunidad, entidad de convivencia sobre un territorio concreto, con explotación común de recursos y personalidad, instituciones y derechos propios. La red cotidiana de relaciones a ese nivel, entendida como un espacio dinámico donde negociar, admitir o contestar el dominio y la subordinación, distaba mucho de la de un partido, pero podía llegar a ser muy operativa en los momentos de gran tensión.

Sobre ello se sitúa el imaginario del Fuero. No era el código escrito ni las lucubraciones ideológicas, sino la práctica en que habían sido educados y en que se educaba. Con todas sus salvedades –servicios a la Corona, etc.–, las exenciones fiscal y de sangre constituían una ventaja frente a las desigualdades del impuesto sobre consumos y las levas en las provincias carentes de normativa particular; las autoridades forales colaboraban en costear sustitutos para el ejército y eran muy poco injerentes en las decisiones distributivas de los municipios mientras se les aportase el monto convenido. Por fin, si un revés de fortuna dejaba al artesano en la indigencia, tendría ayudas honrosas hasta salir del bache, sin la tacha de vagancia o incapacidad que caía sobre quienes se acogían a la nueva beneficencia burguesa. Esta compleja organización constituía el Fuero. Hábilmente, los notables carlistas identificarían su eliminación con el liberalismo.

El grueso de la carne de cañón carlista en la contienda de 1872-76 estaba compuesto por labradores. Como motivos se han apuntado, aparte de la preponderancia demográfica,

desde su alineación a cargo de las élites dominantes a la recluta forzosa, la búsqueda de salario o de independencia con respecto a las rígidas estrategias familiares de empleo y matrimonio, y hasta el espíritu de aventura. Se señala también la exacción sobre el terreno para mantenerse con más facilidad que en sus hogares.

La autora desmantela otros tópicos, como la beligerancia latente en las masas rurales vascas o el adoctrinamiento, público y de confesionario, por el clero. Frente a ello, se interroga a los sectores populares por su reinterpretación de las ideologías y se pregunta sobre las causas objetivas de su descontento. Es decir, cuáles de sus preocupaciones supieron vehicular los organizadores del movimiento carlista, y por qué fueron estos acogidos con simpatía, o como mal menor. La propia Diputación liberal admitiría el enorme peso de una de ellas: la falta de expectativas laborales. Al inaugurarse el Sexenio, el descontento objetivo y el hambre no pocas veces se aliarían al temor de que las transformaciones legales y prácticas hundiesen la comunidad rural. En su defensa, encarnada en la vivencia de «lo foral» y no en un rey extraño, habrían salido de sus caseríos los «voluntarios de la Causa». Pero se llega más lejos. La participación de operarios en las partidas sublevadas de 1872 y 1873 indicaba que las movilizaciones carlistas eran una espita parcial del caldeamiento proletario, causado por unas pésimas circunstancias de mantenimiento y trabajo.

Al hilo de este enfoque se hace un magnífico estudio sobre las condiciones económicas y sociales de los protagonistas. Para empezar, la crisis agrícola del final de los años sesenta -provocada por una climatología adversa, las limitadas medidas oficiales y la especulación-, la tenencia de la tierra, la explotación de montes y pastos, y el endeudamiento campesino. En segundo lugar las transformaciones en el sector primario no agrícola. La adaptación de la ganadería a las crecientes demandas seguía vías muy similares a las de otras áreas de la Cornisa Cantábrica; de hecho, terminaría divergiendo de ellas no por diferencias insalvables sino a causa de la transformación generada por la industrialización y la minería capitalistas, que fue afectando, en diverso grado, a todas las estructuras socioproductivas del Señorío.

Mención aparte merece la explotación minera. El sector que encarna en la historiografía vasca la liquidación de la llamada «sociedad tradicional». Desde luego generó cambios profundos e irreversibles, pero no sin contestaciones ni pervivencias. La relación de la nueva minería y la industrialización con la implantación del socialismo en Vizcaya es obvia. ¿Existió alguna con el carlismo? Para la autora su mensaje no satisfacía a todos los descontentos. Los llegados en principio como braceros temporales y los habitantes de las Encartaciones podían conservar expectativas de mejora y aceptar el discurso tradicionalista. En cuanto a los que habían dejado la aldea para siempre, habían experimentado en ella los límites de la utopía foral y es probable que fuesen reacios a confiar en sus portavoces, siendo en cambio receptivos al mensaje socialista.

En estas páginas se da cabida a la importancia de los cuadros medios del tradicionalismo en las movilizaciones comarcales como cabecillas de partida paramilitar o a través de los ayuntamientos, relevancia que no se explica por simples cuestiones económicas. Sí

que resultaron éstas esenciales en la actitud favorable o, mejor dicho, aquiescencia hacia las autoridades locales nombradas por el carlismo vizcaíno en los pueblos con un destacado sector pesquero, objeto también de profundas variaciones.

La obra se cierra con un excelente capítulo sobre el artesano metalúrgico, donde el carlismo encontró menos adictos. En los medios urbanos, la disolución de la comunidad tradicional disminuyó el atractivo del edén foralista y la dependencia del jornal era acuciante. De fracasar el alzamiento, el mozo campesino podría volver al caserío familiar aun para malvivir layando, como se había probado en 1870 y 1872; en cambio, la industria contrataba brazos, no personas. Entre ellos calaría la Internacional y el republicanismo federal. Esas alternativas con plena consciencia de clase encauzarían con eficacia las expresiones del descontento obrero una vez acabada la contienda. Se estudian aquí las fraguas independientes, el hundimiento de la herrajería arratiana, los altibajos en las fundaciones del área de Bilbao, la armería de Ermua y la calderería de Valmaseda.

En suma, una obra inteligentemente construida, con una metodología precisa y excepcionalmente bien redactada. Se echan en falta tanto el necesario aparato crítico, que exigencias editoriales ha dejado fuera, como la aportación de unas conclusiones que hubieran enriquecido y clarificado este magnífico ensayo.

Pedro M^a Egea Bruno
Universidad de Murcia

Juan B. VILAR, *Murcia: de la emigración a la inmigración*. Murcia. Fundación Centro de Estudios Históricos e Investigaciones Locales Región de Murcia. 2002. 223 pp.

Los movimientos migratorios constituyen uno de los fenómenos angulares de la Edad Contemporánea. Sobre ello, Murcia es una caracterizada región de emigración, en la que el factor geográfico ha determinado la orientación de esa corriente hacia territorios ribereños del Mediterráneo. Si en el XIX fue Argelia bajo ocupación francesa el destino preferido, en el XX lo serán las regiones del frente marítimo levantino peninsular y la Europa comunitaria. Iberoamérica ocupó en todo momento un lugar secundario. La aportación del Prof. Vilar clarifica estas tendencias, data su evolución, describe las condiciones del proceso, valora su impacto e introduce las necesarias claves interpretativas. Conjuga, además, con acierto las variables nacionales con las regionales, de manera que el contenido de la obra va mucho más allá de su mero enunciado.

Se estudian con detalle las tres corrientes migratorias españolas orientadas sucesivamente al norte de África, Iberoamérica y la Europa occidental. La norteafricana es la más antigua y también la más duradera. Se remonta a 1830 (comienzo de la ocupación francesa de Argelia), anticipándose casi en medio siglo a los grandes flujos dirigidos a